

# Arquitectura tradicional del “Chile Viejo”

Raúl de Ramón

## LA ARQUITECTURA TRADICIONAL CHILENA

*Cuanto se diga en este trabajo sobre arquitectura tradicional chilena, sobre el espíritu que desarrolló la raza y sobre sus transformaciones y actualidades, se refiere a la región geográfica que se ha llamado “Chile Viejo”, o sea, valles transversales y longitudinal hasta aproximadamente la altura de Chillán; y lo respectivo a arquitectura campesina especialmente al antiguo Corregimiento de Colchagua, o sea, Colchagua, O’Higgins y Curicó.*

**SU ESPACIO, ALDEANO Y CAMPESINO. SU CORRESPONDENCIA CON EL CARACTER ACTUAL DE LOS CHILENOS. DESCRIPCION. ACTUALES COMPORTAMIENTOS EN RELACION CON LA NATURALEZA.**

ACTUALIDAD SANTIAGUINA.— Si algo puede con toda claridad revelar el grado de desconcierto espiritual por el que atraviesa el país, es su arquitectura metropolitana. Santiago es un vasto muestrario de cuantos caminos han recorrido los chilenos desde que abandonaron el propio. También es la historia de una educación equivocada, de un tosco anhelo de lo foráneo y de la muerte de lo propio en manos de una seudocultura.

En los días que siguieron a nuestra Independencia, Chile experimentó una reacción antiespañola bastante natural; pero en lugar de buscar un molde propio, se decidió por cambiar de modelo europeo y se afrancesó. No en el fondo, porque ese fondo era aún firme, sino en la forma, y nuestros escritores escribían a la francesa ¡y despotricaban contra España a la española! Fueron estos afrancesados habitantes de Santiago los que comenzaron a transformar sus casas, pegando columnas, cornisas y recuadros hechos de cartón y yeso pintado sobre los lisos y sencillos muros del adobe, para formar un escenario recordatorio de sus días en París y que había de proclamar un refinamiento

adquirido caro, con el dinero de un pasado de destripaterrones que les causaba vergüenza y que debía deslumbrar al resto de los chilenos, pueblerinos aún. Chile se pobló de personajes facsímiles de Agustín Encina, del “Martín Rivas” de Blest Gana. Y los pegotes de yeso y cartón fueron sobrepuestos a una casa que no cambió en su esencia, sino en su ropaje; ¡ejemplo justísimo del valor de todo el afrancesamiento de los chilenos!

Desgraciadamente, el especialista, el arquitecto, se tomó la tarea en serio y terminó por estudiar el asunto y reproducir la arquitectura francesa —en su más triste período— con bastante aproximación. Y desde ese primer paso, la arquitectura de los pegotes interiores fue evolucionando hasta ser la actual, de pegotes exteriores y en la cual, sin embargo, los interiores luchan por volver a la sencillez primitiva, de la mano de la estrechez económica y del funcionalismo foráneo, y en los cuales nuestros serios caballeros, mucho menos cosmopolitas y modernos de lo que ellos mismos creen, se desorientan y miran con desconfianza, antes de sentarse, los sillones “murciélago” o en forma de cestos de mimbre, para no hacer el ridículo.

La casa se transformó de la casa familiar en la casa social, la cual pretende impresionar por fuera y en la cual se conservan, cualquiera sea su estilo o presentación externa, los mismos planos standards a los que sirven de disculpa las leyes restrictivas de la construcción. En un principio se perdió la forma, después se perdió el espacio y el resultado. La casa terminó por ser un pequeño castillo francés —de dimensiones microscópicas— que saltó de las verdes lomas arboladas, donde fue creado, a un espacio intertapias con cinco metros hacia la calle, para goce de los peatones; otros pocos hacia el fondo, para desahogo de la cocina; y tres más por cada lado. Este espacio trituró las urbanizaciones para encanto de sus beneficiarios, se popularizó por lo tanto y negó gran parte de las posibilidades de crear nuevamente una casa con espacio interior. Había nacido el “estilo”, tal cual es siempre en un país que difícilmente puede cambiar demasiado: con mezquindad sin digerir y con la ventana de un baño haciendo “pendant” con la de un living; incluso colocando puertas cocheras a un garage inexistente para mayor representación de prosperidad, o equilibrando, so pretexto de simetría, una falsa y otra verdadera.

Y esto con todos los estilos tomados de los países a los cuales hemos admirado sucesivamente y a los cuales hemos tratado de amoldar el paso. Igual que un niño que vuelve del cine cada vez con una personalidad distinta, según la película exhibida: un día cowboy, otro marinero o pirata, otro el hombre callado y temible. Así, los chilenos, tomando un plano tipo, piden al arquitecto que en gran proporción de los casos se ha mostrado complaciente o con disculpas pecuniarias: hágamelo en francés, en tudor, en georgian, en alemán, en “americano” —cuyos porches en doble altura en vez de dar a un parque dan a una calle— o en “moderno”, o lo que se consideró como tal cuando estaba

definitivamente pasado de moda en Europa, con aquel su ojo de buey señalando inexorablemente el baño. En resumen, una arquitectura del estuco, olvidada del concepto empírico con respecto al modo de vivir de la gente que se tuvo por siglos en el país: la casa es un espacio delimitado por la arquitectura. Este olvido logró confundir el espacio hasta convertirlo en tal laberinto —como en el edificio de la Bolsa de Comercio— que ni la “Aguja de Navegar Cultos”, de Quevedo, podría valerle al que se extravía en la maraña de sus pasillos. Debemos admitir que la realidad actual de nuestros arquitectos jóvenes es diferente. Se abomina francamente de este pasado absurdo; pero se ha caído en un purismo formal que no advierte que ha hecho de él un estilo, ni que antes que basarse en la realidad nacional sigue, como antes, mansamente, los avances ideológicos y estéticos europeos, norteamericanos o brasileños.

¿Se podría culpar a los arquitectos de semejantes atrocidades, si desde los días escolares se les ha negado la educación del “conócete a ti mismo”? No; tanto como los arquitectos actuales no pueden culpar a sus clientes, quienes se educaron en la escuela que sus mismos maestros contribuyeron a formar. Y es que entre nosotros el adagio inglés que dice: “a little knowledge makes most harm” —un poco de conocimiento hace el mayor de los daños—, debería ser una frase sacramental.

Hubo también un tiempo en que la desorientación llegó hasta buscar como solución el refugiarse en las indicaciones naturales de la técnica, como si la arquitectura pudiese sustituirse con la ingeniería. Y también de esto se hizo estilo.

AUSENCIA DE ESTUDIOS FUNDAMENTALES.— Pero este terror a los vanos caprichos del pasado ha logrado inquietar a las generaciones jóvenes y logró en un momento hacer crisis. Se ha redescubierto el espacio y la repugnancia a lo superfluo ha llegado al límite y se ha hecho lema con una frase bien significativa: “no se justifica”. Todo tiene una razón de ser y se ha llegado por ese camino a terribles arideces, ya que lo decorativo no parece urgente, y la complacencia espiritual y estética es postergada por el imperativo de los materiales. Es que los chilenos somos el colmo de lo exagerado —a la española, mal que les pese a muchos—. Todo tiene que extremarse y la prudencia de “ni muy adentro que te quemes, ni muy afuera que te hieles” parece una cobardía acomodaticia, burguesa y cincuentona. La habitación es una máquina de vivir, se ha dicho. Pero maldita la gracia que hace vivir dentro de una máquina, perfecta, pulida e imperativa. Ella sabe inexorablemente cómo debemos vivir y comportarnos y no debe dejarnos ocasión de salirnos de la línea. Pero el hombre no es una hormiga ni una cifra, ni debe aspirar a serlo. El condimento de la vida es portarse un poquito mal, tomar y fumar un pelito más de lo que permite el médico, despoticar, sacarse los zapatos y arañar las maderas. Y

una arquitectura tan pulidita, perfecta e inmaculada no anima a sentirse cómodo y resulta al hombre suelto, individualista y colorido que es verdaderamente el chileno, algo “inoneca”, como dirían nuestras bisabuelas. No podemos sino recordar las frases de Herbert Müller cuando, por motivos que no vienen al caso, ve transformada, pintada y redecorada su habitación: “Pero si aquella no era más mi habitación: ningún recuerdo, por absurdo que fuera. No había ni siquiera una mancha ni un rasguño ni una saltadura que me recordara a nada ni a nadie.” Y se pregunta si podrá volver a apoyar la frente en las paredes cuando esté desesperado, si volverá a calentar café en su anafe en el suelo y si sus amigos, acostumbrados a echar ceniza por todos lados y a sentarse en el suelo volverán a sentirse cómodos en ese ambiente estereotipado.

Porque aunque se ha redescubierto al hombre, como beneficiario de la arquitectura, no se ha visto al chileno sobre un espacio chileno, con todo lo fundamental que resulta para un arquitecto nacional, sino al hombre básico, universal. No se le ha examinado en sus usos y costumbres y modalidades hasta descubrir lo permanente y desechar lo transitorio, para edificar una arquitectura no sólo apropiada sino didáctica; que ayude al chileno a volver a ser él mismo, en lo que tiene de mejor. Esto como ley general. Después deberá venir el respeto a lo individual y particular. Porque nada se saca con edificar un recibo magnífico a quien no recibe, o un dormitorio-estar a quien sólo lo usa por la noche para el escueto oficio de dormir. El arquitecto debe interesarse por el modo de vivir de quien va a usar su arquitectura y facilitarle la tarea, embellecérsela y darle alegría. No gozar el oficio en forma descarnada y lucirse intelectual y materialmente a costa de quien quiere solamente vivir contento.

No existen, tampoco, dentro de la preparación de los arquitectos actuales, los cursos que le ayuden en esta parte de la tarea, salvo que descubra las cosas por ausencia. No hay cursos de sociología chilena, ni de una Historia que no sea un muestrario de personajes, batallas y fechas, que analice el porqué de las cosas y mida la intervención del carácter nacional en el desenvolvimiento de Chile, en una verdadera curva de los comportamientos, ni un curso sobre la evolución de nuestra arquitectura, donde se puedan evaluar sus elementos y la vigencia de sus valores; sólo así se puede determinar fundamentalmente los pasos futuros. No hay futuro sin pasado y, como dice el filósofo, a veces vale casi tanto un salto atrás como uno hacia adelante.

Es claro que hay que reconocer las mínimas fuentes que hay para estudiar todo esto, y cuánto se ha errado sobre la materia. Lo que no es aventurado afirmar es la obligación del arquitecto, individuo que usa como arma de trabajo la síntesis del conocer y del comportarse —la habitación—, en participar en un movimiento de renovación y recuperación de lo chileno. Para ello no debe buscarse la hojarasca del tipismo sino la médula y estructura. Aplicar

el "no se justifica" pero con nuestra mentalidad, no siguiendo patrones foráneos. Y admitamos que somos típicos, o sea, que tenemos una personalidad propia —que no es la europea, para dolor de muchos— que nos hace caracterizarnos como chilenos, aun fuera de nuestros tan definidos límites naturales. Busquemos la esencia y el espíritu y no el detalle y la moldura. Seamos arquitectos antes que arqueólogos, aunque debamos conocer lo que la arqueología pueda darnos y podamos utilizar el detalle; pero como tal, y sobre una carnadura sólida y propia.

**BUSQUEMOS EL ESPACIO CHILENO.**— En toda nuestra historia cultural y política del pasado existe un personaje central y principalísimo, eje de todos los comportamientos nacionales: este personaje es la tierra. Y nuestra historia comenzó cuando los hidalgos españoles la conquistaron para hacerla solar de sus descendencias. Porque no vinieron buscando oro, ni especias; vinieron desde territorios americanos donde las tenían en abundancia, buscando tierra, y lucharon hasta la muerte para hacerla suya. Porque el hidalgo, deseoso de fundar linaje centenario, buscó la alianza de lo que que permanece eternamente: la tierra. Y siempre un hombre ilustre necesitó solar, y su conservación es la historia de los linajes. Por esa tierra luchó toda su vida y en ella descansó el cuerpo cuando lo alcanzó la muerte. Y esa fue su historia diaria: luchar por ella y cultivarla y descansar sobre ella la fatiga. Sobre ese suelo hecho propio tan duramente fundó la familia, y fue el primer juguete de sus hijos y el primer lecho para sus amores.

Si el rigor de las estaciones le hizo buscar refugio cubierto, techó parte de ese suelo y su arquitectura se desarrolló en torno del espacio múltiple donde se vivía a diario. Y este espacio primordial fue el patio familiar. Un espacio que no tuvo, en los comienzos, pretensiones de finura, por la índole misma de su uso. También porque la mayoría de los conquistadores era gente de costumbres sobrias y acostumbrados a las más heroicas privaciones. Eran segundones de provincia de muy escasos recursos, ya que la decencia, dignidad e hidalguía no eran sinónimos de bienestar económico. Esta situación los empujó hacia el Oeste, hacia la aventura, a conquistar la tierra con la espada, dignamente, en una forma que pueblo alguno ha logrado repetir: sin alcohol, sin desprecio, sin intrigas. Con una sed de tierras que ha quedado en la sangre de sus descendientes hasta el presente día, con mayor o menor intensidad, pero siempre latente; gozosa de los árboles y flores, del agua corriendo en libertad, del olor a tierra mojada y el contacto contra el franco suelo.

**LA ORDENACIÓN DEL ESPACIO.**— La casa chilena nació en la aldea, porque ésta fue la primera organización que inspiró la necesidad de defensa y mutua ayuda. La aldea se subdividió en solares empalizados en un principio y amura-

llados más tarde. Y en este solar el español ordenó el espacio en relación a sus labores y privanza familiar. El patio primordial o familiar se dividió en tres, conservando gran parte de sus atributos y desplazando las actividades no estrictamente familiares hacia los otros dos, quedando comprendido entre ellos. Hacia la calle tomó un aspecto público y masculino, y en él se almacenaron las cosechas traídas de la tierra, se guardaron las cabalgaduras y más tarde los carruajes, y el señor atendió sus negocios. Hacia el fondo se hizo privado y femenino, se desarrolló el servicio y habitó la servidumbre. Allí se hicieron las labores de la casa, se prepararon los alimentos para el invierno, se cultivaron los árboles frutales, las verduras para el consumo casero y se mantuvo un parrón. Y el agua corrió libre por los surcos y la tierra mostró su cara soleada y llana, sin composturas galanas como los primeros patios, sino que se mantuvo raspada de malezas y barrida de polvo, con toda franqueza a través de todas las épocas y las fortunas. El patio familiar retuvo la vida privada de la familia, en el centro mismo de la casa, prolongándose hacia lo público por medio del primer patio, y hacia lo doméstico y lo agrícola por medio del tercero.

DESCRIPCIÓN DE LA CASA ALDEANA CHILENA.— La casa se presentaba cerrada hacia la calle; pues si en un ataque indígena cedían las empalizadas de la ciudad, las de la casa debían continuar la resistencia. Pronto la empalizada doméstica se convirtió en muralla gruesa y elevada, de adobe o adobón. Este alto baluarte estaba perforado por un ancho portalón techado que, por medio del zaguán, daba al primer patio. Las hojas mismas del portalón estaban construidas con gruesos maderos afianzados con clavos labrados metálicos de grandes cabezas, y flanqueadas por pilastras de piedra generalmente. Sobre el tímpano y bajo la sombra del alero las armas de la familia. Este techo a dos aguas, cuya cumbrera era perpendicular a la calle, protegía las maderas del portón y los farolillos de hojalata iluminaban la entrada cuando caían las sombras de la noche.

Esta alta muralla se vio con el tiempo convertida en un cuerpo transversal que contenía por lo general las cosechas en graneros y bodegas. El zaguán que lo perforaba era ancho y empedrado, para permitir la entrada de los carruajes y carretas; tenía en un flanco bancos de piedra para servir de espera y en el otro, un cuartito minúsculo para el portero. No tenemos noticia del porqué de sus reducidas dimensiones; pero recordamos la anécdota del portero aquél que se opuso a que le diesen al cuarto una mano de pintura, alegando que ella bastaría para hacerle imposible introducirse en su sitio acostumbrado.

Sobre el zaguán y continuando la altura de toda la composición de entrada, llamada portada, existía un altillo con una habitación sin más uso gene-

ralmente que el de continuar la techumbre de la portada a toda la anchura de la crujía primera.

En el primer patio, lugar ya indicado como público y nexo entre la casa y el fundo, se descargaban las carretas, se ensillaban los caballos y se aparejaban los coches y calezas. Era una ancha superficie empedrada con huevillo, en composiciones generalmente a base de cuadrados divididos por sus respectivas diagonales. Los marcos se formaban con piedras planas y mayores, realzados, en ocasiones, por rótulas de vacunos o tibias de cordero. Tenía un bebedero para los animales y una argolla empotrada en el pavimento para amarrar las mulas caleceras. El señor dirigía todas las actividades y los negocios desde su despacho. Más tarde, se habilitaron piezas hacia el exterior que se arrendaban para negocio. La esquina fue la más característica, porque la puerta recortaba el ángulo en dos hojas perpendiculares dejando un vestibulillo cuadrado apoyado en un pilar de piedra, como es solución corriente en La Mancha. Este pilar se mantuvo empotrado, en muchas casas, aún no existiendo las puertas, para proteger la esquina de adobe del tránsito y los carruajes.

Formando un cuerpo transversal, entre el primer patio y el segundo o familiar, estaba la cuadra y, pasillo por medio, el dormitorio principal; este cuerpo constituyó el recibo. La cuadra, salón de enormes proporciones, era el lugar de la tertulia y de las fiestas o saraos. Tenía en un costado una tarima, que corría a todo lo largo del muro, llamada "estrado". Sobre ella se sentaban las damas, a la turca, en cojines colocados sobre un alfombrado, en torno al brasero. Las sillas no se usaron sobre el estrado hasta comenzada la primera mitad del siglo XIX, y hay relatos de viajeros en esa época, que anotan la transición, describiendo sus visitas a casas donde las damas los atendieron sentadas a la turca ¡sobre sofás recientemente importados! En el resto de la sala se disponían sillas y sillones contra las paredes, normalmente las opuestas al estrado, para uso de los caballeros. En las paredes de adobe enjabelgadas con cal, colgaban oscuros cuadros familiares o santos al estilo quiteño. El suelo era de tierra apisonada cubierta con esteras de totora. Más tarde se cubrió con pastelones de greda, y sobre las esteras se usaron alfombras, según el nivel económico de los habitantes. En los cielos, los maderámenes de la techumbre se usaron a la vista con toda franqueza, llegando a formar hermosos artesonados, y las ventanas, provistas de un grueso alféizar ocasionado por el espesor del adobe y de gran comodidad para sentarse, se cubrieron con rejas sencillas en un comienzo y complicadas y platerescas más tarde. Fue también corriente en la cuadra el uso de puertas-ventanas que se abrían hacia los patios en ocasión de los saraos, sin mayor preocupación hacia la cantidad de curiosos que invadían el primer patio y se asomaban a ellas para seguir las incidencias de la ocasión.

El dormitorio principal, situado, como se ha dicho, pasillo por medio con la cuadra, lo que hacía que esta comunicación con el segundo patio fuese excéntrica en razón a las diferentes superficies, venía a ser también parte del recibo. Era usado por la señora en las mañanas, la cual solía recibir a sus amistades en cama, con mate y dulces caseros. Contenía muebles severos, de maderas oscuras, y la gran cama con dosel, que era considerada parte importantísima de la dote o de los aportes del novio. Esto especializó a algunos artesanos y talladores que lograron una fama por sus “cujas” que llega hasta el día de hoy. Fueron corrientes los arcones de cuero y los bargeños, muebles de muchas gavetas y con puertas con labores de talla o taracea, dispuestos sobre patas altas. Su nombre se origina en el pueblo de Bargas o Vargas, de la provincia de Toledo, en España.

El segundo patio, familiar, estaba rodeado por el resto de las habitaciones que se abrían al corredor por medio de ventanas o puertas-ventanas, que ejercían ambas funciones reduciendo la superficie de perforación de los muros. Debemos recordar que el miedo a los temblores —aún vivo en nuestras ordenanzas constructivas— no tenía el consuelo de poderse contrarrestar con un cálculo sísmico. Estas puertas-ventanas se abrían en la parte superior por medio de postigos sobre el hueco balaustrado.

El corredor corría en torno a todo el patio y reunía, por lo tanto, todas las orientaciones. Esto lo hacía tener, según la hora del día o la estación del año, un sector sombrío y otro soleado para elegir. Esta disposición hizo del corredor un lugar de estar ideal, sobre todo para generaciones menos temerosas del aire libre que las presentes; y la familia podía gozar del sol en el invierno y de la sombra en el verano, según su gusto y capricho. El patio mismo estaba adornado por flores en recuadros formados por caminitos de huevillo, árboles frutales o de flor y una fuente central. Constituyó un sector de naturaleza domesticada a escala humana, y, hasta cierto punto, una defensa de los primeros españoles frente a un medio desconocido, ya que tendieron a cultivar en él flores y árboles de su propio lugar de origen. No entendamos por ello que los españoles pretendieron españolizar nuestro medio en forma similar a otras razas que han pretendido imponer sus usos y costumbres en un absurdo coloniaje despreciador de todo cuanto no le sea propio. Nuestro territorio ha sido afortunado en esto: sus dos colonizadores, incas y españoles, tuvieron el inteligente criterio de estudiar las costumbres y la naturaleza del medio dominado, aprovechando de él cuanto había de útil y sólo cambiando lo más indispensable. No podemos sino comparar esta actitud con la de otras razas que paralelamente quisieron implantar en el Caribe las ropas de abrigo y las techumbres empinadas defensoras de la nieve de sus lugares de origen.

Entre este patio y el tercero estuvo comúnmente el comedor, aunque también se le encuentra minoritariamente formando parte del recibo. Estancia



severa como un refectorio, según los viajeros, aunque a nosotros no lo pareciera tanto, era de generosas proporciones y dotada de una mesa familiar bastante larga, en razón a la numerosa descendencia, a los parientes alojados y allegados y a las visitas abundantes. Contra las paredes iban los aparadores, trinchas y esquineros en los ángulos, decorados con objetos de uso del comedor, en plata y loza.

El tercer patio estaba rodeado por construcciones en tres de sus lados y al fondo lo cerraba la tapia divisoria. Era la parte de la casa que representaba el trabajo interno, lo doméstico, así como el primer patio representaba el comercio, el almacenaje y la relación con el mundo circundante: una especie de ensanchamiento propio y cercado de la calle, una plazoleta; y el segundo, la vida familiar privada y el descanso. En este patio estaba el huerto con las verduras y legumbres para el consumo de la casa, los árboles frutales traídos y adaptados de España y las aves y animales de corral. En él se desarrollaba toda la vida de servicio presidida por la señora de la casa, no con el criterio vergonzoso de nuestro patio de servicio actual, lugar de la casa que debe ocultarse a las miradas profanas, sino abierta y francamente como una función más de la vida diaria y, ciertamente, no la menos importante.

Rodeando el espacio por tres de sus lados, cocina, repostero, despensa, bodega y habitaciones de servicio. Amén de todo esto: retrete, gallineros, y el famoso cuarto de los temblores, que estaba aislado del resto, al fondo del sitio construido de material ligero. Allí se refugiaban los habitantes cuando los movimientos sísmicos amenazaban su seguridad. Debemos recordar que éstos suelen durar ocasionalmente varios días y que en casos como el terremoto de Concepción, la gente alojaba, pocos años atrás, en las calles y plazas de la ciudad y por muchos días. Esta inconveniencia salvaba el cuarto mencionado.

CONCLUSIONES.— Esta Descripción, ligerísima, de la casa aldeana, demuestra claramente lo antes dicho: fue el suelo, la tierra y el espacio abierto, lo más importante de la casa, lo que la distingue de otras soluciones habitacionales con elementos definitivamente propios, hasta el punto de atrevernos a decir que subsiste suprimiendo la arquitectura techada y reemplazándola por simples tapias y mediaguas. Y fue el suelo el que se trató con más detalle, en contraste con la construcción misma, cuya simplicidad funcional toca los extremos de lo clásico.

La sobriedad característica de la época, rara flor que produjo el espíritu hispánico, tanto más fuerte que su dócil materia humana, hizo posible una arquitectura de tal modo exacta, simple, proporcionada y funcional que, revisada con el criterio de los conocimientos actuales, resiste aún la famosa frase del "no se justifica".

Para ello se conjugaron muchos elementos: la selección racial que indica Encina, en el sentido de haberse interesado por la conquista de un país agrícola y no minero los españoles más duros y guerreros, y con interés de establecerse definitivamente, dando solar a su familia, en lugar de procurar “hacerse la América” y volver a la península. Que estos conquistadores eran segundones de provincia, cuyas costumbres patriarcales, sobrias y orgullosas eran resabios medievales en un mundo que se hacía renacentista y algo disipado; y que conservaban vivo el espíritu libertario de los viejos cabildos. Ello hizo posible una gran independencia espiritual y costumbrista con respecto a Europa y conservó estas cualidades mencionadas por varios siglos. Que la enorme desproporción cultural hizo primar lo español, en cuanto a habitación, sobre lo indígena, con fluidez natural. Además los picunches, grupo mayoritario en la población aborígen central, construían sus casas como un conjunto de piezas rectangulares, en quincha revocada en barro, contrariamente a otros indígenas que tienden a la habitación única; y fue natural para ellos ir tomando mejores elementos de los españoles, como el corredor, hasta cubrir una amplia gama que fue desde la casa señorial de patios hasta el humilde rancho de quincha y tejado de paja. Esta natural simplicidad más bien sirvió de apoyo a las ideas españolas y no hizo posible el barroquismo indígena notorio en México y Perú, donde el altísimo nivel cultural y arquitectónico de las razas dominadas tenía forzosamente que abrirse camino en lo español.

Esta sobriedad produjo un efecto estético admirable. Los muros limpios y blancos contrastando con los pisos rojos de greda, los maderámenes oscuros, las rejas negras y los exteriores verdes no necesitan mayor recomendación. Este marco arquitectónico tan simple resalta favorablemente muebles, cuadros y objetos decorativos, de modo que los objetos sencillos obtienen categoría, y los complicados no hacen pesar su complejidad. Resulta un ambiente de gran hermosura y dignidad, posible de obtener para una gran proporción de los habitantes de un país de escasos recursos. Así resultó ser una solución no sólo bella sino inteligente. Muchos de los objetos decorativos de la época parecen haberse puesto de moda actualmente en Chile, llegando el entusiasmo a conceder categoría a las más humildes piezas domésticas. Aperos de labranza campesinos, faroles viejos, espuelas y herraduras, molinos, molinillos, planchas y hasta bacinicas entran en la decoración y se proveen de pantallas. Se ha descubierto súbitamente que hubo un pasado en el cual todo objeto tenía personalidad e importancia y sus últimos recuerdos son rescatados de los “cachureos”.

También en mueblería se vuelve al primitivismo. Se aprecia el toque humano de la imperfección manual de los artesanos. Se desdeña lo hecho en serie. Pero, desafortunadamente, dos factores anulan en parte este inteligente viraje: los comerciantes beneficiarios del movimiento han elevado los precios

de tal modo que es una sencillez costosísima y sólo al alcance de los bolsillos bien provistos —que aún quedan, para nuestra sorpresa— y que la moda, iniciada por algunos sinceros apreciadores, se entroniza sobre una base de falsedades. Así se construyen “antigüedades”, corroyendo, patinando y, por último, ensuciando los objetos, sin recordar que en los tiempos de su uso verdadero se les apreciaba limpios. Si se construye “viejo”, ¿cómo será cuando llegue la vez verdadera?

No negamos, sin embargo, que nos place esta moda. Por último, se hace aprecio de algo que es, o fue, nuestro. Y los ornamentos citados y el sencillo y oscuro mueblaje español claman por una arquitectura de igual sencillez y propiedad, ya que dispuestos en las ridículas casitas francesas y georgian se ven, como dicen los mejicanos, “¡de la patada!”

Vamos virando hacia lo nuestro de mano de la moda. Bien. Sólo que las veleidades de ésta y la falsedad que parece necesaria para su subsistencia la hacen peligrosa guía. No olvidemos que los que profitan actualmente haciendo gastar a su clientela en “cambios de decoración”, no van a retirarse del oficio, y que su estabilidad en él se asegurará más tarde con el abandono de esta moda y un nuevo “cambio de decoración”.

En todo caso, el movimiento es mundial, como casi todos los de la actualidad. Y aun los Estados Unidos se han llenado de negocios que anuncian sus productos —lo vimos con nuestros propios ojos— como “antigüedades recién hechas”.

**EVOLUCIÓN DE LA CASA ALDEANA.**— La primera transformación fue natural. Empezó a desaparecer el primer patio cuando la urbanización de las familias cortó la relación directa con el campo. Entonces el segundo patio se corrió hacia la calle. En un principio el primer patio se conformó con cambiar de carácter; pero más tarde se suprimió y la casa se redujo a dos patios.

Esta supresión hizo que la calle pesara su interés sobre el segundo patio y lo hiciera asomarse a ella por medio de ventanas y más tarde, bajo la influencia vasca, empinado con un segundo piso sobre el primer cuerpo transversal, mirándola desde un balcón corrido.

Esto fue el comienzo de la pérdida del patio familiar, el cual era el centro de la vida de la casa. Las habitaciones del segundo piso carecieron de la relación directa con la tierra, que antes tenían por medio del corredor. Este puede verdaderamente clasificarse como una delgada sección de suelo cubierta, la cual era incorporada al espacio por sus proporciones y un juego de luz y sombras que hacían sus límites más indefinidos. También le hizo perder su carácter la directa introducción a él del movimiento de la calle. Entrar a una casa de tres patios no involucraba contacto alguno con la intimidad de la fa-

milia, ya que el primero de ellos producía un aislamiento natural. Su pérdida limitó la antigua privacidad del segundo patio, en el cual cada cual vivía como se le daba la gana.

Con el tiempo —comienzos del siglo XX—, el nuevo primer patio se cubrió con una gran claraboya de vidrio y se transformó en un gran “hall” o salón, y el patio familiar, ya exclusivamente patio de flores, se corrió definitivamente hacia atrás y perdió íntegramente su antiguo carácter.

Este patio cubierto careció del aire y sol del que gozaba antaño y transmitía a las habitaciones, tomando el aspecto sombrío y guardado de la época “victoriana”. Los salones y alcobas se cubrieron de un sobrecargo de cortinas, tapices, alfombras, bolillo y porcelanas de dudoso gusto, amparadoras del polvo y poco aseo generalizado, como temerosas de exhibir los elementos naturales de la construcción, acusados anteriormente con todo clasicismo: muros, pisos, vanos y techumbre.

Lo mejor que tenía la casa tradicional se perdió por completo con el mal uso de los patios, así como la simplicidad y pureza de su construcción había comenzado a perderse en el siglo anterior. El patio que más ha perdurado en sus funciones, aunque no en superficie, ha sido el tercero. Muchas casas antiguas lo conservan, se le ve respirar en la esperanza de algún parrón y en la huida de los santiaguinos hacia las “casas quintas” de los alrededores.

Los valiosos espacios de la casa chilena, perdidos en general en la ciudad, han conservado su significado en el campo, aunque ordenados con la libertad que propicia un terreno casi sin límites y sin las restricciones de las ordenanzas urbanas.

\* \* \*

LA CASA CAMPESINA.— La casa campesina mantuvo los espacios de la casa aldeana, porque éstos respondían a una forma de vida y a un criterio que se mantuvo en el país durante centurias. Tanto la una como el otro tienen características folklóricas, ya que no fueron impuestos por leyes o dictados científicos, sino por un empirismo acertado. No hubo arquitectos o técnicos que reemplazaran el libre albedrío de los usuarios en la determinación de la forma y distribución de las viviendas. Su funcionalismo, sin embargo, su encanto, dignidad y proporción humana, se suelen apreciar en la actualidad hasta el entusiasmo, aunque no es corriente que se considere su análisis con el fin de incluir, aunque sea parcialmente, sus logros en la vida contemporánea.

Es difícil reemplazar la inocencia con la ciencia; y la aparición, en el siglo pasado, de los arquitectos con su saber desarraigado, vanamente foráneo y arrogantemente culturizador, tuvo especialmente en el ámbito urbano, resul-

tados tan funestos como la intrusión de los misioneros protestantes en la cultura primitiva de los esquimales. Afortunadamente todavía quedan esperanzas: no faltan en el día de hoy arquitectos que se quedan extasiados ante la gracia y humanidad del pasado. Reconocen que difícilmente podrían igualar el encanto que emana, que firmarían su autoría con orgullo. Sólo falta que intenten lo primero.

Un motivo de importancia en la conservación de los espacios de la casa aldeana en las soluciones campesinas, es la falta de divorcio entre las costumbres de ambos ámbitos. Como dice tan acertadamente Spengler: "La aldea es la confirmación del campo, tanto como la metrópoli es su negación."

En la aldea, la calle es la continuación del camino; los muros, de las tapias; los techos, de los cerros; las cunetas, de las acequias; y los huertos y jardines son secciones de campo cultivadas más tupidamente. La gente que se pasea por sus calles conserva sus vestimentas propias de lo agrícola y se siente a sus anchas. Las calles son arboladas, polvorientas en verano y barrosas en invierno, y transitan por ellas los caballos y los rebaños de paso como por los senderos serranos. La metrópoli niega el campo: sus calles y jardines destruyen la naturaleza, la aprisionan y adaptan a su geometría inteligente y vacua de espontaneidad. Lo campesino es lo natural; lo ciudadano lo inteligente, con lo que en estos tiempos suele tener lo inteligente de poco sano, vital y generativo.

Santiago fue aldea —y no pequeña— hasta por lo menos la mitad del siglo anterior, y esa es la razón por la que hemos denominado sus casas como aldeanas. Sus calles arboladas se regaban por medio de una acequia central a tajo abierto y tenemos fotografías de la Plaza de Armas cuando aún justificaba su nombre y era un espacio abierto y pelado con un abrevadero en el centro, el cual se ve rodeado de vendedores a caballo en pueblerina charla. Aún no tomaba los actuales caracteres de metrópoli con su población de filiación internacionalista, la cual vive, en cuanto a información y, decimos con pesar, cada vez más anímicamente en la cercanía de los grandes centros mundiales antes que de su propia realidad. El problema metropolitano en Chile es reciente, así como el de no pocas ciudades que con hinchazón provinciana aspiran a metropolizarse. Y empleamos el término provinciano peyorativamente, en su acepción moderna. Que del provincialismo a la antigua sólo reniegan los siúuticos amantes de lo foráneo, o los nuevos ricos.

Los espacios de la casa aldeana, primer patio, patio familiar y huerto, se conservan en "las casas" de los fundos, y en tono menor en sus versiones más modestas, hasta el día de hoy. Se han ordenado en forma más libre, han perdido hermetismo, y el primer patio se ha diversificado en camino o avenida de entrada y corralones, denominación que abarca patios de servicio agrícola, corrales, galpones y bodegas. Estos espacios han perdido también sus pretensio-

nes de pavimentos conformándose con superficies de maicillo o de tierra bien apisonada y barrida. Los elementos de la arquitectura son los mismos, aunque la “cuadra” es escasa. La condición crecedora de las casas de campo hace difícil consultar desde un comienzo un recibo tan amplio, y como los elementos básicos arquitectónicos son los mismos —cualquiera sea la jerarquía de la habitación y la subdivisión de tierras las hace subir o bajar en la escala de su importancia— suele verse reemplazada por un sector de corredor que vidriándose se convierte en “galería”. Esta solución confirma la ley general que indica que en el campo la gente vive en los corredores. Estos cobran mayor importancia en extensión, rodeando todos los paramentos exteriores e intercomunicando los patios que, aunque herederos de la funcionalidad aldeana, se multiplican hasta alcanzar en ocasiones un número exorbitante, como es el caso de las casas de la hacienda de San José del Carmen de los Huiques, comuna de Palmilla, que cuenta con veintidós.

Don Fernando Márquez de la Plata, distinguido arqueólogo chileno, consulta tres soluciones de casas campesinas: la casa larga, la casa en “U” y la casa en alquería. Esta clasificación nace naturalmente de la distribución de los volúmenes arquitectónicos, y la mantendremos aunque disminuya su validez al ser sometida a nuestro criterio de la primacía de los espacios exteriores sobre la arquitectura misma.

La *Casa Larga* es la expresión pura del elemento habitacional más tradicional en Chile: el “cañón de piezas”. Bajo un techo continuo y entre dos flancos porticados se alinean las piezas en crujía simple; comunicadas generalmente a todo lo largo por medio de puertas interiores. Esta disposición, muy variable en el largo, divide automáticamente el espacio circundante en dos: antejardín y patio familiar posterior asimilado al huerto. Los corralones se ubican normalmente en un extremo. La casa larga puede considerarse justificadamente como etapa corriente de la solución siguiente. En Colchagua es poco abundante en su forma pura, y lo usual es que derive en un doble martillo con las cabezas reducidas y formadas por servicios y galpones, los que contribuyen a determinar mejor los espacios exteriores, reduciendo su infinitud. Este doble martillo debe considerarse una insinuación primaria de un mayor desarrollo de las alas perpendiculares, aunque este desarrollo no se vea completado. Debemos recordar que la casa tradicional es crecedora y que su disposición lo permite. El segundo tipo, en “U”, es el más próximo al aldeano, pues mantiene como motivo principal el patio familiar y el huerto. Una de sus soluciones conocidas proyecta sus dos alas hacia adelante —una de ellas capilla, muchas veces— y cierra el espacio que resulta con un muro de defensa. Este muro se reemplazó más tarde con variados tipos de verja o “reja”, como se dice a la chilena aunque no lo sea, o se perforó con ventanas enrejadas. Los corralones quedan a un costado. Ampliando el concepto del señor Márquez de la Plata,

indicamos como más corriente la solución del doble martillo con sus cabezas desarrolladas hasta formar una verdadera H. Es usual también el quiebre de una de las cabezas hasta formar una I-L. La casa en "U" simple es muy corriente en Colchagua, pero la mayor parte de sus ejemplos tienen las alas *vueltas hacia atrás*, en defensa del patio familiar, que es su elemento principal. La tendencia de los antiguos hacendados a mantener bodegas, talleres y pesebreras bajo su directa vigilancia, multiplicó los cuerpos de edificio hasta convertirlos en una verdadera ciudadela, cuya pluralidad da origen a la denominación de "las casas" para el grupo patronal. En su intrínquis destaca, sin embargo, la H originaria con su antejardín y su patio familiar.

Debemos considerar también como tipo muy corriente la casa en "L". Pero para considerar su posibilidad como tipo aparte, basta consultar con los usuarios la disposición de una posible ampliación. Invariablemente señalarán el complemento de la "U" en defensa del patio familiar. Esto sitúa a la casa en "L" como etapa —que puede nunca completarse— de nuestro segundo tipo en "U".

El tercer tipo de casa señalado por el señor Márquez de la Plata es la "Alquería". Es la elevación de la casa a segundo piso, dejando los graneros y pesebreras en el primero. Esta solución, traída posiblemente de las provincias vascongadas, es solución corriente en Suiza y otros países centroeuropeos y su prosapia es muy mezclada, aunque reconociblemente reñida con la greco-romana-árabe, a la que pertenecen los dos tipos anteriores. En sus países de origen, suele criarse el ganado, en número escaso pero de gran finura, como si fuera parte de la familia, y su extraordinaria mantención e higiene divergente de nuestro descuido popular —"chancho limpio no engorda"— posibilita un sistema poco natural de por sí, que escasamente justificaría una escasez de terreno cultivable aguda. En Chile, donde el ganado, aun limpio, atrae un verdadero ejército de moscas y las cosechas otro similar —pero más combatiente— de ratones, hace que la alquería sea una mala solución.

Si el segundo piso de la casa aldeana es negativo con respecto al espacio formado por la tierra, la alquería es la negación total de la casa de campo: aleja las habitaciones del patio familiar y convierte el corredor en balcón, haciéndolo un espacio contemplativo del jardín, pero dificultando y localizando su acceso a él. La alquería no debe considerarse un tipo de casa chilena, sino una excepción de una solución foránea indigesta e indigerible. Todo lo español que llegó al país se hizo netamente chileno a través del gran sentido de adaptación de la raza y de las condiciones fuertes que impuso el medio. La alquería más fuertemente europea que el resto de España no se adaptó. No hemos encontrado tipos de verdadera alquería en las zonas estudiadas, salvo un caso. Es la casa de la familia Rojas Concha, del Rincón de Pumanque. Esta casa, seguramente para ahorrar terreno cultivable y posibilitar una fácil vigi-

lancia sobre el terreno, ha sido construida en una ladera del cerro. Los brazos de la "U" —porque es casa de ese tipo— son paralelos a la ladera, de modo que uno de ellos queda en primer piso, y el otro, al mantener el nivel del piso, queda en segundo. Aprovechando el espacio bajo esta ala, se han construido bodegas y otros elementos de servicio. No es por lo tanto una auténtica alquería, pues no manda en ella el auténtico concepto de segundo piso, sino el desnivel del terreno. La casa guarda su patio familiar y por lo menos la mitad de ella se sitúa en primer piso.

Vemos en la alquería una indiferencia por los espacios exteriores que el resto de las soluciones busca y logra construir. Ello basta para señalarla como casa no chilena. Si nos remontamos nuevamente al cañón de piezas y buscamos sus más mínimas expresiones en las reducidas soluciones de los pequeños propietarios, veremos que ellas, cuando no pretenden crecer, se ordenan con ayuda de una construcción aparte para la cocina, una mediagua y casi siempre un parrón, en la determinación de un espacio múltiple que comunica todas las dependencias y se constituye en patio familiar. En las construcciones más modestas encontramos que las vigas suelen reemplazarse con palos redondos, los pilares con horcones, que afianzan inmejorablemente la viga solera del corredor y los adobes con quincha. Esta no es más que un entramado de ramas peladas revocado con barro con paja. Es extraordinariamente firme, elástica, aislante y barata. Sus irregularidades le prestan un gran encanto y el conjunto total es excepcionalmente humanizado y revelador de la mano que lo construyó. Sus líneas naturalmente onduladas se adaptan mejor al paisaje circundante y cuando la quincha no se encala sino presenta el color rojizo de la greda, la casa queda incluida en él. Francamente, ¡pedir más sería una herejía!

COMPORTAMIENTO ANTE LA NATURALEZA.— Como ya se ha dicho, el español de la conquista se encontró ante una topografía semejante a la de muchas regiones de la península, que lo confirmó en sus aspiraciones agrícolas y lo llamó a asentarse en el territorio definitivamente. Y no a aspirar a un enriquecimiento rápido con esperanzas de volver a España, lo que en otras partes del continente causó destrucciones irreparables en la flora y en la fauna, así como en las culturas naturales.

Esta semejanza impulsó al español a establecer en el país una agricultura semejante a la de la Madre Patria. Se entusiasmó con los bienes que le procuraba la naturaleza y se empeñó en conservarlos para su uso. Buen ejemplo de lo dicho lo constituyen las cartas de Valdivia y las obras de Ovalle. Y podemos claramente establecer que este entusiasmo generó un cariño que postergó hasta después de la Independencia las explotaciones destructivas que han desequilibrado la naturaleza chilena.



La extensión de la agricultura, en valles reducidos en la anchura como los nuestros, fue lentamente corriendo el bosque natural hasta los comienzos de las laderas, y los valles espinosos se convirtieron en sementeras y campos de pastoreo. El bosque se refugió en los cerros, donde más tarde lo encontrarían los explotadores del carbón para ralearlo hasta destruir especies completas en las regiones centrales. No pensaron en los cambios climáticos que esta supresión podía ocasionar, ni en que estaban echando las bases de la erosión, uno de los peores flagelos nacionales.

En la región que hemos estudiado, los cerros presentan un aspecto seco y ralo, con una vegetación que visiblemente se mantiene lo más alejada de la mano humana que le es posible. Las primeras laderas suaves conservan espinales ralos salpicados de uno que otro tralgüén y con matas de quilos junto a las cercas. Las segundas laderas, algo más empinadas, se tupen de tralgüenes con espinos aislados y quillayes. Las cumbres redondas guardan boldos, litres y quillayes y algún peumo excepcional. Este panorama bastante desalentador lo presentan todos los cerros que se encuentran flanqueando el valle central y los primeros valles costinos, cuando su altura permite un fácil acceso a la explotación. Recordaremos también con desaliento la destrucción de los bosques chilenos del sur, sus roces y su reemplazo por especies foráneas como los pinos, cuyas tristes consecuencias han sido advertidas hasta el cansancio por los ecólogos, los que no logran disminuir el entusiasmo financiero de quienes alientan semejantes planes. Podemos, con facilidad, testificar la extinción casi absoluta de especies forestales útiles y hermosas como los robles —hualo y pellín—, lingues y peumos que hacen pensar tristemente en el criterio económico de nuestras generaciones contemporáneas, si se mide con largo alcance.

Los españoles trajeron, amén de los cereales peninsulares y de las plantas útiles y de adorno que les eran familiares, otros árboles de gran aprovechamiento, que se han hecho característicos de nuestros campos. Son el álamo común y el sauce llorón o babilónico, salicáceas útiles por su madera blanda y blanca y usadas, respectivamente, para sombrear los caminos y defender canales de regadío y esteros de la erosión, y proporcionar estacas para los cercados; la acacia (*Robinia pseudo acacia*), leguminosa de múltiples usos; el eucaliptus, mirtácea australiana de enorme altura y durísima madera, y el aromo, cuya utilización práctica ha sido postergada por la hermosura y abundancia de sus flores, que lo hacen árbol de adorno junto al jacarandá y otros que se circunscriben a los jardines campesinos.

Igual sentido práctico usaron con los árboles frutales, proveyendo a la tierra de especies valiosas que le hacían falta para completar la copia de su riqueza. No fue otro el criterio adoptado frente a los animales domésticos y plantas cultivables. La llama o "chilihueque" no podía competir como animal de carga con burros y mulas; tampoco como lanar con las ovejas, ni en sobrie-

dad con las cabras en terreno favorable a los animales citados. No fue suprimida, sino desplazada; pero solamente hasta el límite donde su resistencia de camélido a la altura y ardores del desierto tenía que imponerse sobre los demás. No había caballos, ni cerdos, ni gallináceos y palmípedos domésticos, y se importaron a América tal como se había hecho a España en tiempos remotos.

Un examen a los elementos de alimentación campesinos —muy corrientes en la ciudad— nos dará la medida del sentido de la dominación española y de la muy breve que ejercieron los Incas en nuestro territorio. Nativos son: la papa, el maíz, los zapallos, los porotos (el “purutu” era hermano del frejol europeo y alguna de sus variedades siguen cultivándose, como el poroto pallar), el ají, la calabaza, el tomate, la cebolla —eran semi silvestres—, los chaguales y la quínoa o “quingua”. Importados: la arveja, la lenteja, los garbanzos —no es tanto lo que se ven en el campo, comparados con los demás, salvo los últimos, y su variedad pequeña, los chícharos—, la zanahoria, el ajo, el trigo y el centeno. Estos últimos desplazaron a los nativos madi y mango, y menos a la quínoa, que es corriente en los sectores costinos. Con el maíz y su harina hacían bebidas y alimentos que aún se encuentran en sólida vigencia: la chicha —que tanta reprobación merecía de los españoles, ya que los indígenas se “desvergonzaban” con ella y tendían a convertir el año solar en perpetua festividad—, el “chédcan” (chércan), el “úlpud” (ulpo) y las “humintas” (humitas) que solían ahumar los pescadores para llevar en sus recorridos marítimos.

Las plantas y hierbas de los cerros se han conservado más o menos intactas allí donde no alcanzaban los cultivos, terrenos en que se les considera razonablemente malezas, viéndose aumentadas con la anual teatina, que se dice importaron los monjes del mismo nombre.

Vemos, pues, que las especies aportadas no se prefirieron a las nativas, y que se trajeron por su innegable utilidad y no con el objeto de remedar el medio ambiente que se tenía en Europa. Las especies nuevas se aclimataron con facilidad en un clima muy semejante al nativo, y contribuyeron a formar un paisaje afín. No hubo en ello un esfuerzo consciente por trasplantar la Madre Patria, como se intentó por parte de otras razas colonizadoras que llegaron a construir empinadas techumbres defensoras de la nieve en pleno trópico.

El país fue en un principio hostil: indios enemigos, aliados levantiscos y una naturaleza fuerte aunque benigna de clima. Su topografía áspera y viril —valles espinosos y quebrados, cordillera altiva con sus blancos lomos apoyados en las nubes, desiertos, selva, inmensos lagos, estepas e islas desoladas— impresionó fuertemente al español, quien no pudo contemplar sin agitación un espectáculo tan fuerte y que se hermanaba con tanta pasión a su propio espíritu. Amén que las necesidades de defensa confirmaron su tradicional volverse

hacia adentro en sus habitaciones diarias, la fuerte y embriagadora digestión de la naturaleza le hizo buscar inconscientemente un descanso visual, creando un microambiente propio, distinto y sencillo: patios empedrados, corralones de tierra lisa, muros limpios de artilugios pretensivos y jardines claros y ordenados. Los descendientes conservaron la solución, verdadero descanso de las labores diarias. El habitante de la urbe y el veraneante desearían perforar los muros con enormes ventanales que absorban el paisaje; no pueden comprender que para aquel que labora a diario en ese medio no es descanso alguno seguirlo contemplando desde su habitación. Sin contar con que el corredor sustituye en el campo el estar panorámico hacia el paisaje que impone la selva de concreto de la urbe.

Podemos afirmar, en conclusión, que la austeridad, sencillez y claridad han sido cualidades que a los hombres de Chile les pidió la raza, el ambiente, el espíritu y el trabajo desahogado que les impuso la naturaleza para rendirse a sus deseos agrícolas y solariegos.

ALGO MÁS SOBRE LA ACTUALIDAD.— Las cualidades señaladas como naturales para los chilenos no han perdido vigencia en la actualidad por estar reñidas con la problemática social contemporánea, sino por una falta de claridad en el pensamiento que les atañe y un desmesurado deseo de imitación de lo foráneo.

Si nuestros habitantes crearon una arquitectura de pegotes imitativos, no hicieron menos consigo mismos. Hace algunos años, en la representación del "Martín Rivas", de Blest Gana, en su adaptación teatral, el personaje afrancesado —Agustín Encina— con todos sus ridículos, pretensiones y desambientaciones, causaba en el público tanta hilaridad que bastaba que asomase a la escena para que estallara en carcajadas. No faltó entre bastidores quien dijera: —¡No saben que se están riendo de sí mismos!— Y se ha imitado a los franceses, a los ingleses, a los alemanes, a los norteamericanos, en un eterno aspirar para nunca alcanzar. Así van quedando los estilos como caparazones que nunca logran ajustar al fondo que permanece criollo.

Dicen que el hábito no hace al monje. Pero las vestimentas obligan en más de lo que se cree. Después de todo, su elección es representativa de un carácter, e impide el abandono parcial y acomodaticio del oficio por llevar el hábito denunciatorio. El ambiente obliga así al hombre a un comportamiento determinado por identificación o reacción, y el hogar, vestimenta primordial, lo hace con tanta fuerza que cualquier descuido produce lesiones que no se pueden curar con leyes, como es nuestra costumbre, ni detenerlas con simples trabas y prohibiciones.

Nos hemos quejado del actual comportamiento del hombre frente a la naturaleza; pero no hemos dicho que ambos han sido separados por la metrô-

poli que no deja verla y por la actual educación que no enseña a amarla. Los educadores y sociólogos parecen preferir considerar al hombre universal antes que al local, olvidando aquello que dicen los rusos: "si quieres ser universal, da a conocer tu aldea". No creemos en ese hombre universal y metropolitano cuya artificialidad llega a considerar la naturaleza como algo esencialmente molesto si no se la contempla a través de un cristal esterilizado o se la considera como una mera ayuda en un escapismo periódico del cansancio de la ciudad. Las comunicaciones del mundo actual tienden a crear un hombre así. Muy cómodo como consumidor de productos materiales e intelectuales intercontinentales; pero menos feliz, aunque él no lo sabe, que el hombre natural cuyos pies se afirman en la tierra, aunque ésta sea modestamente la de su propio huerto. Huerto que no aspira a ser como los demás, ni a presentar otra categoría mejor que su propia sencillez. Sólo que en estos momentos el patio y el huerto vienen a ser solamente un desahogo de la casa y no un elemento principal, y el jardín un alivio paisajístico visual, destinado a ser contemplado a través de un ventanal. La consideración del hombre como un elemento plural y multiplicable bajo grandes títulos universales, la construcción en serie y el acaparamiento de la arquitectura por parte de instituciones gubernamentales y una minoría bien "colocada", han venido a crear verdaderos hormigueros humanos con calles y viviendas todas iguales. Vistas panorámicamente, como suele vislumbrarse desde Ochagavía, causan verdadera aprensión y angustia. Miles de techitos todos iguales y mínimos. Bajo ellos habita desgraciadamente no el hombre universal, ni el peón de ajedrez del político o el sociólogo, sino un enjambre de hombreritos chilenos, todos distintos entre sí, y con un invencible individualismo que los lleva a esforzarse por pintar su puerta de un color original o plantar un árbol especial o por último, poner un par de piedras grandes en su antejardín, si se le concede, que lo distinguan del vecino. No podemos menos que recordar el caso de un amable caballero que vino a dar con sus huesos en uno de estos hormigueros. Solía de tarde en tarde echar una copita con sus amigos, y tuvo que pintar una destacada estrella en su puerta de calle para que cuando se le pasara un poquitito "el caballo" no escandalizara el vecindario buscándola entre docenas de otras iguales.

Pero las razones antes dadas "justifican" el procedimiento. Sólo que además de lo expuesto se ha minimizado el espacio de *tierra*, de suelo franco a que aspira todo chileno, y se le ha colocado como simple trastienda para tender ropa y amontonar cachivaches. Y los hormigueros citados se consultan no sólo para los extramuros de Santiago, sino para las pequeñas ciudades de provincia, haciendo vivir al hombre como un embutido forrado en concreto y ladrillo, siendo que a pocos metros se extiende la vastedad del campo, como las aguas en torno a Tántalo. Se dirá que ignoramos el valor del metro cuadrado de terreno. No es así. Sólo lo consideramos tan intervenible como lo son las propie-

dades agrícolas y en general los bienes de los particulares cuando afectan a la comunidad. Si no es así, siempre queda el remedio de gastar menos en otras cosas que son menos importantes, que proporcionar a cada cual el espacio habitable, y lo que es más, el espacio vivible, y con satisfacción. Hay más decencia en ello que en tratar de meter en un terreno el máximo de viviendas, como sardinas en su lata correspondiente. Las sardinas no tienen aspiraciones.

La civilización occidental, nacida en la metrópoli, emplea la mayor parte de su esfuerzo en proporcionar al hombre cada vez más comodidades. Sin embargo, todo es un enorme contrasentido. Se le proporcionan maquinarias para ahorrarle el tiempo, y el tiempo ahorrado se gasta en trabajar para costear la maquinaria. Es un círculo vicioso que no parece tener más válvula de escape que los viajes turísticos, hechos también a la carrera. No podemos menos que recordar las palabras de Pedro Prado en "El viajero":

*"...Las enfermedades recluyeron al nuestro en su casa y desde allí soltaba las palomas del recuerdo. Todas las mañanas paseó por el jardín y por el huerto de su propiedad. Y aquel hombre que sólo encontraba novedad en las cosas de los países exóticos, principió a ocuparse de los árboles, de las distintas malezas, de los insectos que pasan inadvertidos. Aprendió los nombres de todos ellos y pudo fácilmente distinguirlos. Encontró en esto un placer desconocido y tuvo la certidumbre que el amor de los viajeros es ayudado por una suerte de miopía. Necesitan novedad y sólo la encuentran en cosas de bullo: en nuevas costumbres, en ciudades ignoradas, en horizontes que cierran montañas desconocidas. Supo que el placer de viajar por el mundo o de viajar por el jardín de su casa estaba relacionado con la potencia de la visión.*

*"Paisajes nuevos, puros y hermosos se ofrecieron a los ojos del viajero, y el ave inquieta que anidaba en su alma se hizo sutil y voló unos vuelos prodigiosos dentro del pétalo de una flor, porque es un sueño aquel concepto que los hombres tienen del espacio."*

Sólo que para viajar así es menester tener jardín o huerto. Y la carencia de ellos sumada a la carrera —muy bien dirigida por los intereses comerciales— por la obtención de las comodidades materiales, y al reemplazo del juego del pensamiento y de la conversación por el entretenimiento envasado que proporcionan la radio y la televisión, mantiene esa "ave inquieta" dormida y prisionera. No decimos muerta, porque vemos asomarse su inquietud de vez en cuando como los crines de un muñeco por sus costuras, mostrando que la forma de la envoltura no cuadra con exactitud con el relleno.

Todos los pueblos poseen una cultura propia que les distingue y les da real derecho para ser un pueblo aparte. Ella no se adquiere a través de la ciencia, sino del empirismo y la experiencia. A sus necesidades espirituales y materiales, ese pueblo va acomodando soluciones que nacen de su propio seno o de la lenta digestión de las ajenas, y que se transforman en un bien común. Esa es su sabiduría o folklore. A esa sabiduría debe recurrirse cuando la maraña de los intereses y el altoparlante cotidiano de lo foráneo impide a un pueblo reconocerse a sí mismo.

En Chile existe una enorme ansiedad por mejorar y buscar nuevos caminos. Sólo que, como "El viajero", deben buscarse en el propio huerto y no tras las montañas desconocidas de lo ajeno. En este viaje hacia nuestro propio interior, no podemos ser tutelados ni guiados por nadie, salvo nuestro propio ejemplo y la luz de nuestro propio espíritu, aunque ella parpadee débilmente sumergida en la oscuridad de lo desconocido.

Busquemos, entonces, esa luz.

## UN EJEMPLO DE APLICACION DE LA ARQUITECTURA TRADICIONAL

Arquitecto: Raúl de Ramón. (Fotos: René Combeau).

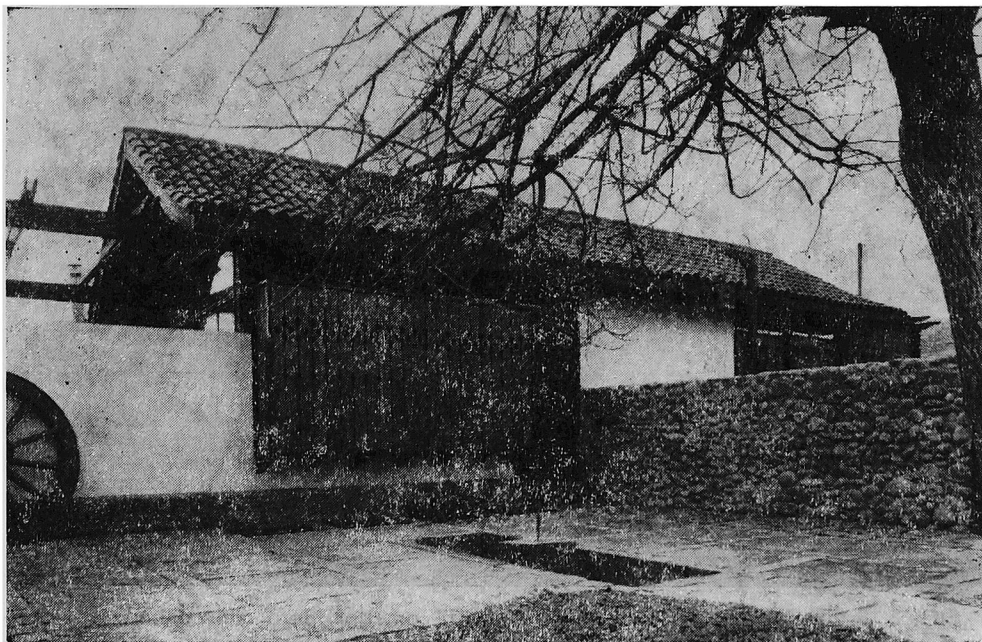


FIG. 1: Patio abierto hacia la calle, empedrado y separado por pirca de un sector lateral de jardín. Una celosía de madera calada protege la ventana sobre el patio, defendiendo el espacio privado.



FIG. 2: Patio interior privado "familiar" en el centro de una casa en "U" lateral. Este patio, aislado de la calle y de los vecinos, reproduce la intimidad lograda para la familia, por las antiguas casas chilenas.

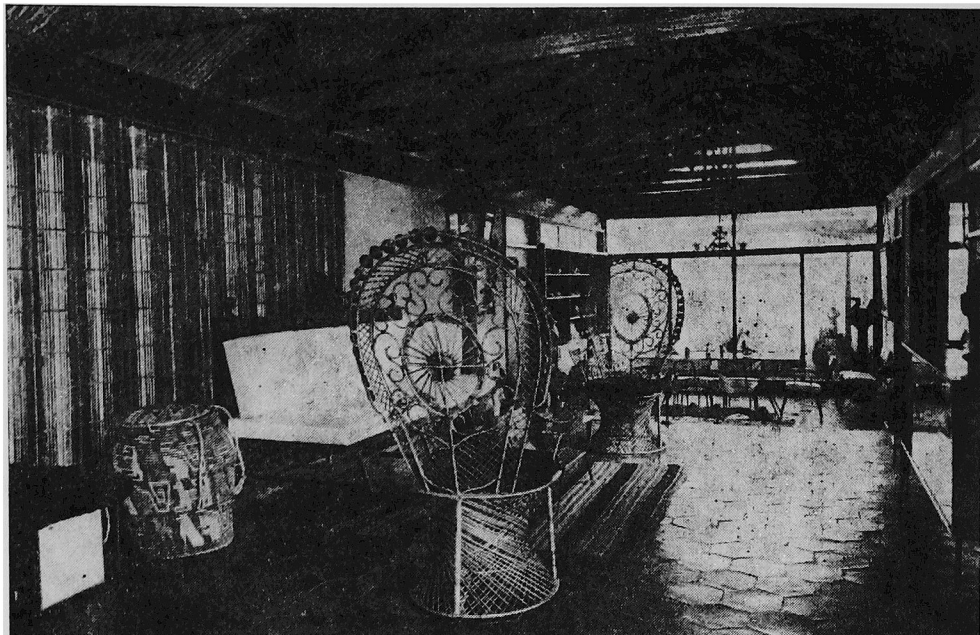


FIG. 3: Estar con diferencia de nivel sobre el comedor, pero con continuidad espacial que aumenta visualmente la superficie. Los envigados a la vista, el cielo encoligado, el piso de ladrillo y los muros blancos prestan sobriedad y serenidad a la sala.

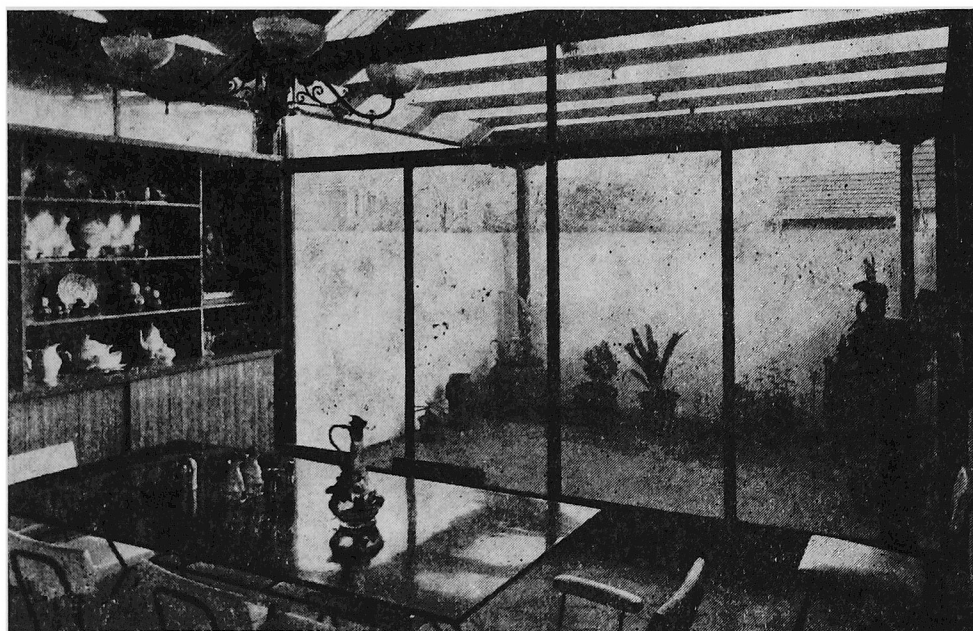


FIG. 4: Comedor con patio privado, que aprovecha los tres metros a la tapia. La continuidad del envigado horizontal, los muros y el piso, a través de la transparencia del ventanal de corredores agranda el comedor, visual y efectivamente.